

Imprimir

Los negociadores estadounidenses e iraníes se reunieron en Ginebra a principios de esta semana en lo que los mediadores describieron como las conversaciones más serias y constructivas en años. El ministro de Relaciones Exteriores de Omán, Badr Albusaidi, habló públicamente de “apertura sin precedentes”, lo que indica que ambas partes estaban explorando fórmulas creativas en lugar de repetir posiciones inmutables. Las discusiones mostraron flexibilidad en los límites nucleares y el alivio de las sanciones, y los mediadores indicaron que se podría haber alcanzado un acuerdo de principios en cuestión de días, con mecanismos de verificación detallados que seguirían en cuestión de meses.

No eran gestos huecos. Se estaba gastando capital diplomático real. Los funcionarios iraníes plantearon propuestas diseñadas para cumplir con las realidades políticas de los Estados Unidos, incluido el acceso potencial a los sectores energéticos y la cooperación económica. Eran gestos calibrados para permitir que Donald Trump presentara cualquier acuerdo como más duro y ventajoso que el acuerdo de 2015 del que retiró a los Estados Unidos en mayo de 2018. Teherán parecía entender la óptica que Washington requería, incluso si los temas polémicos como los misiles balísticos y las redes regionales de aliados vicarios permanecían fuera del marco inmediato. Pero, en medio de estas conversaciones, el puente se hizo añicos.

Al sentir lo cerca que estaban las negociaciones de un acuerdo, y lo inminente que se había convertido la escalada militar, el ministro de Relaciones Exteriores de Omán, Badr Albusaidi, hizo una visita de emergencia a Washington en un último esfuerzo por preservar la opción diplomática.

En un movimiento público inusual para un mediador, apareció en CBS para describir lo lejos que habían progresado las conversaciones. Describió un acuerdo que eliminaría las reservas iraníes de uranio altamente enriquecido, mezclaría el material existente dentro de Irán y permitiría la verificación completa por parte del Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA), con la posibilidad de que los inspectores estadounidenses participaran junto a ellos. Irán, sugirió, enriquecería uranio solo con fines civiles. Un acuerdo de principios, indicó, podría firmarse en cuestión de días. Fue una afirmación notable, que revelaba los contornos de un posible avance en un intento de evitar una guerra inminente.

Pero en lugar de permitir que la diplomacia concluyera, Estados Unidos e Israel han lanzado ataques coordinados en todo Irán. Se informa de explosiones en Teherán y otras ciudades. Trump anunció “importantes operaciones de combate”, describiéndolas como necesarias para eliminar las amenazas nucleares y de misiles, al tiempo que instaba a los iraníes a aprovechar el momento y derrocar al régimen clerical. Irán respondió con ataques con misiles y drones dirigidos a bases estadounidenses y estados aliados en toda la región.

Lo más sorprendente no es simplemente que la diplomacia fracasó, sino que fracasó en medio de un progreso visible. Los mediadores estaban discutiendo abiertamente un marco viable; ambas partes habían demostrado flexibilidad: el camino para restringir la escalada nuclear parecía tangible. Elegir la escalada militar en este momento socava la premisa de que la negociación es una alternativa genuina a la guerra. Señala que incluso la diplomacia activa no ofrece ninguna garantía de moderación. La paz no era ingenua. Era plausible.

El enfoque de Irán en Ginebra fue estratégico, no sumiso. Las propuestas que implicaban incentivos económicos, incluida la cooperación energética, no eran concesiones unilaterales, sino compromisos calculados diseñados para estructurar un acuerdo capaz de sobrevivir políticamente en Washington. El objetivo principal era claro: restringir el programa nuclear de Irán a través de límites exigibles y verificaciones intrusivas, abordando así los mismos riesgos de proliferación que las sanciones y las amenazas de fuerza pretendían evitar.

Las conversaciones habían ido más allá de posturas retóricas hacia propuestas concretas. Por primera vez en años, hubo un movimiento creíble hacia la estabilización de la cuestión nuclear. Al atacar durante esa ventana de la negociación, Washington y sus aliados no solo han descarrilado una apertura diplomática, sino que han puesto en duda el compromiso estadounidense con las soluciones negociadas. El mensaje a Teherán, y a otros adversarios que sopesan la diplomacia, es contundente: incluso cuando las conversaciones parecen funcionar, pueden ser superadas por la fuerza.

Irán no es Irak ni Libia

Los defensores de la escalada a menudo invocan a Irak en 2003 o Libia en 2011 como precedentes para el rápido colapso del régimen bajo presión. Esas analogías son engañosas. Irak y Libia eran sistemas altamente personalizados, demasiado dependientes de redes de patrocinio estrechas y gobernantes individuales. Retirado el centro, la estructura implosionó.

Irán es estructuralmente diferente. No es una dictadura dinástica, sino un estado ideológicamente enraizado con instituciones en capas, legitimidad doctrinal y un aparato de seguridad profundamente arraigado, incluido el Cuerpo de la Guardia Revolucionaria Islámica. Su autoridad está entrelazada con narrativas religiosas, políticas y estratégicas cultivadas durante décadas. Ha soportado sanciones, aislamiento regional y presión externa sostenida sin fracturarse.

Incluso una campaña anterior de Estados Unidos e Israel en 2025 que duró 12 días no logró eliminar la capacidad de represalia de Teherán. Lejos de colapsar, el estado absorbió la presión y respondió. Golpear un sistema de este tipo con la máxima fuerza no garantiza la implosión; en cambio, puede consolidar la cohesión interna y reforzar las narrativas de agresión externa que el liderazgo ha aprovechado durante mucho tiempo.

El espejismo del cambio de régimen

La retórica que rodea los ataques ya ha pasado de los objetivos tácticos al lenguaje del cambio de régimen. Los líderes estadounidenses e israelíes enmarcaron la acción militar no solo como la neutralización de misiles o capacidades nucleares, sino como una oportunidad para que los iraníes derroquen a su gobierno. Ese cálculo, el cambio de régimen por la fuerza, está históricamente lleno de riesgos.

La invasión de Irak debería servir de advertencia. Estados Unidos pasó más de una década cultivando múltiples grupos de oposición iraquíes, pero la desmantelación del aparato estatal centralizado produjo caos, insurgencia y fragmentación. El vacío dio lugar a organizaciones extremistas como el Estado Islámico, lo que arrastró a los Estados Unidos a años de conflicto renovado.

EEUU e Israel atacan Irán, a pesar de que la paz negociada era posible

Acercarse a Irán con suposiciones similares ignora tanto su resiliencia institucional como la complejidad de la geopolítica regional. Las divisiones sectarias, las alianzas arraigadas y las redes de aliados significan que la desestabilización de Teherán no se mantendría en unos límites contenida. Podría derramarse rápidamente a través de las fronteras y endurecerse en una confrontación prolongada.

Una región conectada para la escalada

Irán ha invertido mucho en capacidades asimétricas precisamente para disuadir y complicar la intervención externa. Sus sistemas de misiles, drones y navales están incrustados a lo largo del Estrecho de Hormuz, un punto de estrangulamiento de la energía global, y están conectados a una red de aliados y milicias regionales.

En la actual escalada, Teherán ya ha lanzado ataques de misiles de represalia y drones contra bases militares estadounidenses y territorios aliados en el Golfo, golpeando ubicaciones en Irak, Bahréin, Emiratos Árabes Unidos (incluidos Abu Dhabi), Kuwait y Qatar en respuesta directa a los ataques estadounidenses e israelíes contra ciudades de Irán, incluidos Teherán, Qom e Isfahan. Se han señalado explosiones en Bahréin y los Emiratos Árabes Unidos, con al menos una muerte confirmada en Abu Dhabi, y varias bases que albergan personal estadounidense han sido golpeadas o atacadas, lo que subraya cómo el conflicto ya se ha extendido más allá de las fronteras de Irán

Una guerra regional a gran escala es ahora más probable que hace una semana. El error de cálculo podría atraer a múltiples estados a conflictos, inflamar las líneas de falla sectarias y alterar los mercados mundiales de energía. Lo que podría haber quedado como una disputa nuclear contenida ahora corre el riesgo de expandirse a una confrontación geopolítica más amplia.

¿Qué pasa con la promesa de Trump de no más guerras para siempre?

Trump construyó su marca política oponiéndose a las “guerras sin fin” y a las críticas de la invasión de Irak. “America First” prometía restricción estratégica, negociación dura y una

aversión a la intervención abierta. La escalada militar en el mismo momento en que la diplomacia estaba avanzando se siente incómoda con esa doctrina y revive las preguntas sobre los verdaderos objetivos de la estrategia de los Estados Unidos en el Medio Oriente.

Si un marco nuclear viable estaba realmente surgiendo, abandonarlo en favor de la escalada invita a una pregunta más profunda: ¿la tensión sostenida sirve a ciertas preferencias estratégicas mas que a una paz duradera?

El discurso de Trump en Mar-a-Lago anunciando los ataques tenía ecos inconfundibles de George W. Bush antes de la invasión de Irak en 2003. La acción militar se enmarcó como reacia pero necesaria, un movimiento preventivo para eliminar las amenazas y asegurar la paz a través de la fuerza. La retórica de la paciencia agotada y el peligro enfrentado antes de que se materialice por completo refleja de cerca el lenguaje que Bush usó para justificar la marcha hacia Bagdad.

El paralelo se extiende más allá del tono. Bush describió la guerra de Irak como la búsqueda de la liberación y el desarme, prometiendo a los iraquíes la libertad frente a la dictadura. De manera similar, Trump instó a los iraníes a reclamar su país, vinculando implícitamente la fuerza con el cambio de régimen. En Irak, esa fusión de choque y salvación produjo no una rápida renovación democrática, sino una inestabilidad prolongada. La suposición de que la fuerza militar puede reordenar los sistemas políticos desde el exterior ya ha sido probada, y sus costes siguen siendo visibles.

El desafío central al que se enfrentan ahora los Estados Unidos no es simplemente la capacidad militar de Irán. Es la credibilidad. Abandonar las negociaciones a mitad de curso indica que la diplomacia puede ser anulada por la fuerza incluso cuando el progreso es visible. Esa percepción resonará mucho más allá de Teherán.

La paz nunca estuvo garantizada. Era limitada e imperfecta, se centraba principalmente en limitaciones nucleares en lugar de derechos humanos o en las redes regionales de aliados. Pero era plausible, y más cerca de conseguirlo que lo que muchos suponían. Romper el

EEUU e Israel atacan Irán, a pesar de que la paz negociada era posible

puente mientras se construye hace más que frenar un acuerdo: corre el riesgo de convencer a ambas partes de que la negociación en sí misma es inútil.

En ese mundo, la confianza se erosiona, la disuasión se endurece y la agresión, no el acuerdo, se convierte en el lenguaje predeterminado del poder internacional. Lo que estamos presenciando es otra clara indicación de que el orden basado en reglas se ha consignado a los libros de historia.

<https://theconversation.com/iran-has-been-attacked-by-us-and-israel-when...>

Bamo Nouri

Traducción: Enrique García

Fuente: Revista Sin Permiso

Foto tomada de: RTVE.es